

PALEOGRAFÍA E HISTORIA (MEDIEVAL). LA NECESIDAD DE UNA CONVERGENCIA

J.^a M.^a MÍNGUEZ
Catedrático de H.^a Medieval
Universidad de Salamanca

La situación en que yo me encuentro en estos momentos la calificaría en cierta manera de comprometida. Porque no puedo olvidar que este congreso, convocado para tributar un merecido homenaje a la memoria de uno de los más eminentes paleógrafos y codicólogos españoles, ha reunido a lo más selecto de la paleografía hispana. Y en esta reunión, ¿qué puede aportar un historiador de la Edad Media?

Si hay algo que me anima a exponer mis reflexiones es el hecho de que la mayoría de los presentes, aparte de sustanciales aportaciones en el ámbito de su especialidad —y quizás como resultado lógico de esa dedicación— han acumulado una notable experiencia en el campo específico de la investigación histórica; y, más concretamente, en la investigación histórica de la Edad Media.

A pesar de ello, mi campo de estudio, dentro de la orientación temática de este congreso, estaba de entrada bastante limitado. Evidentemente un estudio sobre historia social del reino de León, ámbito en el que yo me muevo con mayor comodidad, estaba descartado por obvias razones de oportunidad. Y las ponencias de otros colegas, directamente relacionadas con temática medieval, me cerraban otros tantos caminos de estudio. En unos casos eran barreras salvadoras que me exoneraban de la obligación de enfrentarme al para mí lejano y misterioso mundo de la codicología. En otros casos, como en el de los estudios acerca de la aportación de Millares a temas específicamente históricos pero que incidían sólo tangencialmente en la historia Medieval, se requerían personas de conocimientos más vastos que los de un especialista en la muy alta Edad Media y que fuesen capaces, por eso mismo, de superar los límites cronológicos a los que se ciñen mis conocimientos.

Restringido de esta manera mi campo de estudio, me quedaba una vía: aprovechar mi experiencia personal como historiador de la Edad Media metido ocasionalmente a paleógrafo para hacer una reflexión en voz alta sobre la

necesaria relación entre nuestras disciplinas —Paleografía e Historia; sobre todo, Historia Medieval— entendidas éstas no como espacios herméticos, sino como ámbitos científicos abiertos y superadores de particularismos estériles. Soy consciente de entrar en un terreno no exento de dificultades; si se quiere, incluso conflictivo no sólo en el orden teórico; también en el práctico. Pero un terreno sobre el que tanto historiadores como paleógrafos debemos proyectar la luz de una reflexión ponderada, única forma de conjurar los malos espíritus de la incompreensión y del particularismo.

Y ya entrando de lleno en el tema, se impone una matización acerca de una cuestión de la que los paleógrafos habrán tomado buena nota. No me cabe la menor duda de que hay muchos paleógrafos que sienten una cierta irritación cuando alguien califica las ediciones de fuentes como producto paleográfico estricto. Sobre todo, cuando estas ediciones están realizadas por historiadores escasamente sensibles a las preocupaciones de la ciencia paleográfica.

Y no es que este tipo de ediciones se salgan del ámbito científico propio de la paleografía. En el orden práctico estos trabajos implican la lectura de escrituras en desuso, la datación de las mismas, su localización geográfica y el análisis crítico de sus contenidos; esto es lo que hemos venido haciendo tanto historiadores como paleógrafos cuando hemos asumido la edición de fondos documentales; por lo que estos trabajos entran de lleno en el campo de la paleografía.

El aspecto criticable por parte de los paleógrafos, aparte de las reticencias que el trabajo de un no especialista pueda suscitar en el campo específico de la paleografía, está sobre todo en el hecho de que la paleografía, entendida como ciencia autónoma, independiente de la historia, va mucho más allá de lo que representa la simple transcripción de las fuentes. Lo que obliga a entrar en el tema de la naturaleza científica de la paleografía.

Resulta de gran interés al respecto poner de relieve algunos aspectos destacados por el Profesor Millares en su *Tratado de paleografía española*. Cuando intenta ofrecer una definición de la paleografía como ciencia, pospone esta definición a dos tipos de consideraciones. Por una parte a la consideración de tres grandes categorías o divisiones contenidas en el concepto de paleografía. Por otra a la relación entre paleografía y otras disciplinas afines.

Estas categorías son, para Millares,

“La paleografía de lectura, la de peritación o análisis y la historia de la escritura”¹.

Y tras un breve examen de cada una de estas categorías pasa a asumir plenamente la postura de Gilissen, a saber, que la última de estas tres categorías, la *historia de la escritura*, es

¹ Agustín MILLARES CARLO, *Tratado de paleografía española*, con la colaboración de José Manuel Ruiz Asencio, 3.ª ed., 3 tomos, Madrid 1983, I, p. 1.

“la ciencia paleográfica por excelencia, ya que se encargaría de explicar los fenómenos analizados por la paleografía de peritación, y de organizarlos en un verdadero saber estructurado”².

Pero Millares realiza un avance que yo no dudaría de calificar como cualitativo. No sólo reivindica la autonomía científica de la paleografía, sino, lo más importante, le atribuye un carácter central y una función estructurante respecto de otras ciencias afines. En esta vía Millares va de la mano, es cierto que no sin ciertas reservas, de otro gran paleógrafo, F. Masai. Efectivamente, este autor, lo mismo que Gilissen, considera también que la paleografía propiamente dicha es la “historia de la escritura”. Pero añade:

“la paleografía... actuando como ciencia autónoma, estructura y relaciona entre sí los fenómenos observados y consignados por los ‘analistas’ de la escritura, llámense epigrafistas, papirólogos, diplomatistas o codicólogos”³.

Así pues, un primer elemento clave para una definición de la paleografía es que ésta es ante todo la historia de la escritura y, como tal, una ciencia autónoma y estructurante de los resultados obtenidos por las ciencias que pueden considerarse más afines a ella.

Lo que aquí puede sorprender, sobre todo al historiador, es el silencio que Millares mantiene acerca de la historia, en su acepción más generalizada. Silencio tanto más llamativo cuanto que él ha asumido plenamente la identificación entre “ciencia paleográfica por excelencia” e “historia de la escritura”; lo que implica asumir de forma explícita el carácter histórico de la paleografía. ¿Cómo explicar, entonces, este silencio?

Y sorprende este silencio tanto más cuanto que al ofrecernos una definición que integre diversos aspectos parciales que ha ido tratando en su “Introducción” al Tratado de paleografía propone como “síntesis recomendable por su exactitud” la definición ofrecida por Pavel Spunak y asumida textualmente por Millares:

“Ciencia que describe, clasifica y explica el desarrollo de la escritura; los resultados de las investigaciones paleográficas independientemente de sus objetivos propios, que se sitúan en el vasto dominio de la historia de la civilización, se traducen en beneficio de cada una de las ciencias especiales que se ocupan de los escritos. La utilización práctica de la paleografía consiste en leer, fechar y situar geográficamente las escrituras en desuso”⁴.

Como vemos, se insiste reiteradamente en el carácter histórico de la paleografía. Carácter histórico que viene dado por el objetivo directo de esta ciencia:

² *Ibid.*

³ *Ibid.*, pp. 3 y 4.

⁴ *Ibid.*, p. 6.

“el *desarrollo* de la escritura”; y *desarrollo* es una categoría eminentemente histórica. Este carácter histórico se deduce también de “sus objetivos propios... [que] se sitúan en el vasto dominio de la historia de la civilización”: es decir, se da una práctica identificación con los objetivos de la ciencia histórica en general. Carácter histórico, finalmente, en el ejercicio práctico del análisis paleográfico en cuanto que la paleografía trata de leer y “*fechar* las escrituras en desuso”, con lo que de nuevo se reafirma la inserción en el tiempo del objeto prioritario de estudio de la paleografía.

De acuerdo con esta definición es evidente que la lectura de la escritura en desuso, incluso su transcripción, no es más que la fase primera e imprescindible para la clasificación y para el estudio del desarrollo de la escritura, una actividad básica como manifestación, como instrumento de difusión y como motor de desarrollo de la civilización. Lo que refuerza la naturaleza histórica de la paleografía entendida en su dimensión más amplia y más profunda.

¿Cómo explicar, por tanto, este silencio de la historia entre las ciencias afines a la paleografía? ¿Quizás como forma de reafirmar y reivindicar la autonomía de la paleografía respecto de una ciencia, la historia, que a menudo ha tendido a considerar a aquélla como una ciencia a su servicio?

Por una parte está fuera de toda duda que la naturaleza o carácter histórico de una ciencia determinada no conlleva de ninguna manera su subordinación a la disciplina que académicamente identificamos como historia. De hecho existen múltiples disciplinas cuyo carácter específicamente histórico no ha condicionado ningún tipo de supeditación. Ahí están la historia del Arte, la historia de la Literatura y las ciencias filológicas, ciencias todas eminentemente históricas y ciencias plenamente autónomas.

Sin embargo tampoco hay duda de que la historia ha desempeñado a veces un cierto imperialismo sobre disciplinas que, como la paleografía o la diplomática, han tenido un peso cuantitativamente menor en el conjunto de las ciencias sociales objeto de estudio en nuestras facultades.

Por eso parece justificado reproducir la opinión de Masai para constatar que la paleografía se halla a veces en una situación

“menos independiente aún y más precaria, o sea la [situación] que se le reserva dentro del grupo de las demás ciencias filológicas, donde ocupando sólo una posición subordinada, presta en cierto modo servicio de segunda mano”⁵.

Pero curiosamente, tampoco aquí se hace referencia a la estrecha relación existente entre paleografía e historia. A pesar de que esta relación, incluso esta subordinación de hecho de la paleografía, no es un fenómeno exclusivo de España.

¿Subordinación de hecho de la paleografía a la historia? Para ser más

⁵ *Ibid.*

precisos quizás haya que hablar de un velado e inconsciente intento por parte de los historiadores por establecer un cierto control sobre la paleografía. Pero sería injusto para los historiadores negar que a veces los paleógrafos, o ciertos sectores de entre ellos, se han sentido cómodos en esta situación y han fomentado esta especie de imperialismo de la historia; y más concretamente, de la historia Medieval.

Quizás parezca anecdótico; incluso impropio de ser mencionado en el sobrio contexto de un congreso científico; pero no dejan de ser significativos a este respecto los reproches, no exentos de cierta acritud, que algunos paleógrafos han dirigido a determinados medievalistas por el hecho de que en las facultades donde estos desempeñan sus funciones no existan dotaciones de paleografía, como si estos medievalistas tuviesen una responsabilidad directa en la dotación o no dotación de tales plazas. Que yo sepa, este tipo de reproches no se han dirigido a los profesores de historia Moderna o a los filólogos que, por otra parte, están tan vinculados a la paleografía como los propios medievalistas.

Pero trascendiendo el carácter un tanto anecdótico de estos hechos, es posible que estos reproches emanen del convencimiento profundo de una necesaria e íntima vinculación entre paleografía e historia y de la también necesariamente estrecha colaboración entre ambas ciencias. Una colaboración que puede alcanzar un grado similar al que la paleografía mantiene con otras ciencias sociales de su entorno más próximo, como la codicología, la epigrafía o la diplomática.

Y es que si la paleografía tiene como objeto científico el estudio del desarrollo de la escritura, se puede afirmar que en razón de su específico objeto científico la paleografía es una ciencia esencialmente histórica. Y por lo mismo, el método histórico es inherente y esencial al análisis paleográfico.

Y no sólo porque la escritura es una actividad humana que se desarrolla, evoluciona y se transforma en el tiempo; sino también porque el análisis histórico de la escritura, en sí misma, descontextualizado de los personajes que la realizan y del marco socioeconómico, político e institucional en que se produce el documento escrito, puede llevarnos a conclusiones imprecisas, inexactas e incluso falsas acerca de sus características específicas e individuales.

Esta historicidad de la paleografía no siempre ha sido aceptada, al menos en la práctica, por los paleógrafos que en ocasiones han intentado realizar sus análisis prescindiendo del contexto histórico más amplio en que la escritura se ha generado. Práctica que no siempre ha dado buenos resultados.

Bastarán algunos pocos ejemplos que creo representativos para ilustrar la precariedad de un análisis unilateralmente limitado a la parte gráfica. Dichos ejemplos están sacados del fondo documental del monasterio de Sahagún que yo conozco mejor por razones de mi trabajo. Se trata de las opiniones divergentes de dos insignes paleógrafos y diplomatas en torno a dos importantes escrituras supuestamente de 30 de Noviembre de 1904 y de 1905. Barrau-Dihigo llegó a defender no sólo la autenticidad, sino incluso la originalidad de estas escrituras. Frente a esta opinión, Floriano rechazaba de plano su originalidad e incluso

cuestionó su autenticidad al considerar interpolados diversos fragmentos⁶. Significativa esta absoluta divergencia a pesar de que ambos autores partían de planteamientos eminentemente paleográficos y diplomáticos. Lo que puede ser un indicio significativo de una cierta inseguridad o endeblez de un análisis paleográfico desprendido de la perspectiva histórica.

Divergencias similares se constatan no ya acerca de la originalidad o autenticidad, sino en torno a la datación de algunas escrituras que, como ya sabemos, entra de lleno en el objeto científico específico de la paleografía. Por citar un ejemplo entre los múltiples que podrían aducirse, me remito a las diferencias de opinión entre García Villada por una parte, y Escalona y Vignau, por otra, en relación con una escritura de donación de una villa al monasterio de Sahagún; aquél fecha la escritura en el año 970 basándose en el carácter de la letra que llega a considerar como prototipo de escritura visigótica de ese período⁷; Escalona y Vignau, por el contrario, la fechan veinte años antes basándose en razones históricas difícilmente cuestionables⁸.

El problema no radica en estas divergencias que pueden ser anecdóticas. El problema es que estas divergencias, a veces más trascendentes, pueden ser demasiado frecuentes. Y, sobre todo, es significativo que mientras que García Villada fecha el documento basándose en la tipología de la parte gráfica, Escalona y Vignau corrigen la datación poniendo de relieve las contradicciones que implicaría dicha datación en relación con determinados hechos históricos perfectamente comprobados: fechas de monarca y abad aludidos, día de la semana reseñado en la datación, etc. Es decir, que el análisis exclusivamente paleográfico se muestra en muchas ocasiones mucho más frágil, menos fiable, que el análisis a partir de los datos propiamente históricos.

A partir de ejemplos como éste es comprensible que el historiador muestre un cierto escepticismo acerca de los resultados de una paleografía segregada radicalmente de la historia. Es este

“escepticismo acerca de la capacidad de la ciencia paleográfica para dictaminar con toda seguridad sobre el carácter de muchas de las escrituras.”

el que yo manifesté por escrito hace ya bastantes años quizás con la osadía propia de un historiador novel⁹.

⁶ L. BARRAU-DIHIGO, “Etude sur les actes des rois asturiens, 718-910”, *Revue Hispanique*, XLVI (1919), p. 161; A. C. FLORIANO, *Diplomática española del periodo astur. Estudio de las fuentes documentales del reino de Asturias, 718-910*, 2 tomos, Oviedo 1949-1951, II, p. 331.

⁷ Z. VILLADA, *Paleografía española*, 2 tomos, reproduc. en offset, Barcelona 1974, I, 232-234 y II, facsímil 53.

⁸ R. ESCALONA, *Historia del real monasterio de Sahagún*, Madrid 1782, ap. III, escr. XXVII, pp. 397-398; V. VIGNAU, *Índice de los documentos del monasterio de Sahagún de la orden de San Benito y glosario y diccionario geográfico de voces sacadas de los mismos*, Madrid 1874, p. 7.

⁹ Véase mi *Colección diplomática del monasterio de Sahagún (siglos IX y X)*, León 1976, p. 12.

Esta afirmación, que podría interpretarse como producto de una actitud un tanto displicente hacia la paleografía, no es otra cosa que una llamada a la puesta en práctica efectiva de los postulados con los que, así lo creo, todos cuantos nos dedicamos a las ciencias sociales estamos básicamente de acuerdo. Se trata, en definitiva, de la necesidad de una estrecha colaboración entre las distintas ciencias sociales para alcanzar los objetivos específicos de cada una de ellas. Tan absurdo y tan acientífico sería que la paleografía, para afirmar una malentendida autonomía científica, renunciase a la utilización de ciertos métodos específicamente históricos como que la historia, en virtud de esa misma autonomía, renunciase al bagaje tanto de contenidos como de métodos de análisis que le puede proporcionar el resto de las ciencias sociales afines; y entre ellas, la paleografía.

Lo que nos lleva a abordar, ya desde una perspectiva teórica, el problema de la relación entre Paleografía e Historia; y, más concretamente, entre Paleografía e Historia Medieval.

El estudio de estas relaciones debe plantearse a partir de dos hechos difícilmente cuestionables. El primero, la íntima relación existente entre estas dos ciencias; dos ciencias que en sí mismas son independientes en la medida en que el objeto científico de cada una de ellas está, desde un punto de vista teórico, nítidamente diferenciado: la evolución de la escritura en el caso de paleografía; las transformaciones de la sociedad en su conjunto en el caso de la historia.

El segundo de estos hechos, que se explica por la íntima relación a la que acabo de referirme entre ambas ciencias, es la tendencia permanente de la historia a invadir el campo específico de la paleografía, así como la tendencia de los paleógrafos a penetrar en alguno de los ámbitos propios de la historia con objeto de potenciar la fiabilidad de sus análisis respectivos.

Ningún historiador que yo sepa se ha atrevido hasta ahora a reprochar a los paleógrafos el recurso constante a la historia como medio de validación o de reafirmación de las conclusiones a las que puede haberle conducido el análisis de la parte gráfica del documento. Me refiero, naturalmente, a la normal comprobación de la historicidad de los ejecutores de un acto jurídico en el momento de su ejecución según nos indica la datación del documento, así como a la historicidad de confirmantes y testigos —siempre que estos tengan suficiente relieve— o de instituciones a las que se haga referencia en dicho acto. Tales procedimientos son no sólo útiles, sino obligados. Y el ejemplo al que arriba me he referido de las divergencias entre García Villada y Escalona puede ser ilustrativo de las limitaciones que puede entrañar el análisis unilateral de la parte gráfica.

Pero de forma similar, el historiador no podrá inhibirse del recurso a métodos propios de la paleografía y de la diplomática a fin de establecer la fiabilidad tanto de los contenidos como, lo que puede ser trascendental, de la datación de las fuentes utilizadas para el estudio propiamente histórico.

Los reproches que puedan producirse ante estas prácticas sólo tienen cabida

dentro de unos planteamientos rígidamente exclusivistas y que en sí mismos constituyen la negación del espíritu científico. Y es que la necesidad de cada una de estas ciencias, paleografía e historia, de recurrir a métodos de análisis y de validación más propios de la ciencia afín es la que explica que en numerosas ocasiones tanto paleógrafos como historiadores hayan saltado decididamente las débiles barreras entre paleografía e historia. Lo que no solamente no es reprochable, sino que en general puede considerarse como altamente positivo.

Es cierto que hay casos en que historiadores metidos a paleógrafos y paleógrafos metidos a historiadores han sufrido serios descalabros científicos. Pero exceptuados esos contados casos, resultado de una inadecuada puesta a punto de los instrumentos de análisis específicos de cada una de las ciencias, las aportaciones de unos y de otros han contribuido a un indudable enriquecimiento de cada una de las ciencias. Los espléndidos trabajos históricos elaborados por algunos paleógrafos, así como algunas excelentes ediciones de fuentes realizadas por historiadores, fundamentalmente medievalistas, dan testimonio de la validez y fecundidad de una sana colaboración entre ambas ciencias.

Este último aspecto nos lleva a plantear una de las formas de contribución, quizás la más fecunda, que la paleografía ha realizado a la historia. Me refiero a la edición de fuentes documentales elaboradas tanto por paleógrafos como por historiadores. No pretendo afirmar —ya he matizado más arriba esta cuestión— que la edición de fuentes agote el objeto científico de la paleografía. Pero sí que es un campo donde puede y debe encontrar espacio la múltiple variedad de objetivos y de procedimientos concretos que la paleografía considera suyos por derecho propio. Tales objetivos y procedimientos son la lectura correcta de las escrituras; la determinación cronológica precisa de la época en que se han producido esas escrituras mediante el análisis de la grafía; la depuración del texto procediendo a detectar los posibles errores en los que haya podido incurrir el escriba originario o, más probablemente, los copistas posteriores. Evidentemente en este complejo proceso intelectual se dan cita en una indisoluble unidad objetos y métodos que no son exclusivos de la paleografía, sino que son propios también de ciencias afines, como la diplomática y, por supuesto, la historia.

Y aquí surge ya la primera diferenciación. Porque uno de los objetivos en todo este proceso es determinar con la mayor precisión la fiabilidad de cada uno de los documentos. Objetivo prioritario para el historiador; pero para el paleógrafo, aun siendo importante, no es único, ni mucho menos. En primer lugar, el paleógrafo puede estar o debe estar interesado en aspectos que para el historiador revisten un interés secundario o nulo, como son las características de la grafía. Pero además, el paleógrafo, una vez comprobada la autenticidad del documento, debe ir más allá: debe ir a la búsqueda, si ello es posible, de la originalidad; cosa que al historiador sólo le interesa en la medida en que la originalidad de un documento es la prueba más rotunda de su autenticidad. Pero es conocido cómo éste, particularmente el altomedievalista, debe trabajar

con cierta frecuencia sobre documentos no originales sin que ello repercuta en la solidez de sus conclusiones.

En este proceso de búsqueda de la autenticidad y de la originalidad del documento escrito no es raro que tanto el paleógrafo como el diplomata choquen con la imposibilidad de establecer conclusiones firmes a partir exclusivamente del análisis gráfico o del estudio de la estructura del documento.

Y es que uno y otro, a la hora de establecer un juicio crítico fiable sobre determinadas fuentes, tienen que trascender con frecuencia el campo estricto de sus disciplinas y el método propio de las mismas y entrar de lleno en el ámbito propio de la historia; ya sea la historia de las instituciones, la historia de los linajes, la historia política, económica, militar, la historia en general. Es la misma necesaria intromisión —no me gusta el término, pero es gráficamente claro— que los historiadores se ven obligados a efectuar en el campo de la paleografía cuando se enfrentan a fuentes sospechosas cuya autenticidad debe ser apuntalada a partir de las características gráficas y diplomáticas.

Es aquí donde unos y otros debemos exigirnos mutuamente la más extremada prudencia en la utilización de los instrumentos específicos de cada una de las disciplinas afines a la nuestra. Y es aquí también donde se percibe la estrecha relación, ineludible relación diría yo, entre paleografía e historia. Y por lo mismo también es aquí, desgraciadamente, donde puede aflorar el corporativismo y la estrechez de mente de aquellos historiadores y paleógrafos —afortunadamente los menos— que se reprochan mutuamente, a veces con acritud, estas intromisiones que, por debajo de estos reproches, están proclamando a gritos la necesidad de una estrecha colaboración.

La afinidad entre ambas ciencias ni ha borrado, ni deberá borrar, ni podrá borrar nunca la diferencia intrínseca entre paleografía e historia. Porque afinidad no es sinónimo de identidad. Muy al contrario, la afinidad lleva implícita la diversidad. Lo cual implica que la vía para obtener los mejores resultados en los trabajos histórico-paleográficos no es el trabajo aislado e independiente de paleógrafos e historiadores encerrados en sus parcelas respectivas. Tampoco es la mejor vía, a pesar de los excelentes resultados que haya dado hasta ahora, la “intromisión” a la que antes me he referido; intromisión del paleógrafo en el campo del historiador, y del historiador en el campo del paleógrafo.

La vía para obtener óptimos resultados pasa por la colaboración interdisciplinar; porque sólo de esta forma puede hacerse compatible la optimización de los métodos específicos de cada disciplina y la superación de las limitaciones derivadas de una excesiva especialización.

Y para ello hay que combatir una idea que en la práctica puede limitar, y de hecho está limitando, nuestras perspectivas e incluso generar recelos gremialistas. Me refiero a la identificación inadecuada que en algunos medios paleográficos tiende a hacerse no entre paleografía e historia, sino entre paleografía e historia Medieval. Como si aquélla sólo pudiese realizar sus objetivos científicos en el marco cronológico de la Edad Media. A este respecto la integración que se ha

hecho en algunas Facultades de estas dos disciplinas en una unidad departamental puede ser sintomática. Es cierto que esta integración puede responder a la necesidad de una colaboración más intensa y absolutamente deseable. Pero el hecho de que esta integración se haya realizado muy frecuentemente a espaldas y con la exclusión del área de historia Moderna, puede repercutir en una severa limitación de los horizontes propios de la paleografía.

A este respecto, la obra de Millares constituye un ejemplo de versatilidad difícil de superar. Él ha realizado algo que para un historiador es extremadamente difícil, por no decir que imposible: romper las barreras cronológicas y temáticas que una larga y férrea tradición viene imponiendo. Es por ello un ejemplo a seguir para los paleógrafos. Pero también para los historiadores que con frecuencia nos sentimos cómodamente impotentes para saltar por encima de esas fronteras cronológicas y cobijados por esa pesada tradición académica que nos fija a nuestro gran pequeño universo de unos cuantos siglos y que en muchas ocasiones mutila dramáticamente la potencial coherencia de nuestros análisis históricos.

Desde este punto de vista la paleografía tiene una enorme ventaja sobre la historia. El historiador se ha dejado deslumbrar con demasiada frecuencia por la aparente espectacularidad de algunos acontecimientos políticos o militares, por el brillo de algunas acciones individuales o por la personalidad de los protagonistas de esas acciones. Tan deslumbrado que con frecuencia ha quedado atrapado en la luz de esos sucesos singulares e imposibilitado para la contemplación y el análisis de las tendencias de larga duración y de las transformaciones estructurales que en definitiva deben constituir el objeto preferente de su investigación.

El paleógrafo, por el contrario, nunca se ha planteado con seriedad en sus análisis —eso creo yo al menos— que determinados acontecimientos de carácter político-militar o determinadas acciones puntuales de carácter individual hayan tenido un impacto significativo en el desarrollo de la escritura o de la estructura de las fuentes documentales escritas. Ello les permite seguir sin apenas interferencias parásitas la dinámica interna de las formas gráficas que, en definitiva, debe responder no a la influencia de sucesos singulares, sino a la dinámica de las sociedades que producen esas formas gráficas.

Por eso, salvo en los casos en los que se ha producido una mimesis estéril de las etapas en que la disciplina de la historia ha parcelado su materia científica, la paleografía está en óptimas condiciones para superar estas compartimentaciones y para introducir una coherencia total de larga duración en sus análisis históricos.

Una observación a este respecto tan elemental que parece vulgar, pero que no por ello deja de ser altamente significativa: es muy raro en la actualidad que un historiador se comprometa, por ejemplo, en la elaboración de un manual de historia General de España. La superespecialización —así suele denominarse con evidente eufemismo a algo que está muy próximo al analfabetismo— impide una visión rigurosamente científica de la globalidad. Por desgracia abunda el tipo de historiador capaz de escribir decenas, incluso centenares, de páginas

sobre un acontecimiento singular del período en que supuestamente se ha especializado, pero que es totalmente incapaz de trazar una síntesis rudimentaria de un período ajeno al de su especialidad.

¿Sucede algo parecido en paleografía? Afortunadamente creo que no. Y a la vista de obras tan densas y diversificadas como la de Millares uno piensa que los paleógrafos aún no han perdido esta batalla. *Paleografía española. Ensayo de una historia de la escritura en España desde el siglo VIII al XVII*: he aquí el título del manual de Paleografía de Millares en su primera edición de 1929, pero cuyos contenidos se van a mantener, eso sí, ampliados, hasta la última edición de 1983 realizada con la colaboración de uno de los más activos paleógrafos actuales, el profesor Ruiz Asencio¹⁰. Un manual en la línea de otros importantísimos manuales, como el de García Villada o el de Floriano.

¿Por qué, se preguntará alguno, otorgar tanta importancia a la superación de determinados marcos cronológicos? Sencillamente, porque, ¿qué es la paleografía sino historia? Eso sí, historia de una de las manifestaciones más trascendentales y más elaboradas de la civilización humana; historia de uno de los instrumentos más eficaces de comunicación de ideas, de progreso cultural, pero también de fijación ideológica.

Sin embargo, tengo la impresión —y esto no hago más que sugerirlo a la vista de los principales manuales españoles que he consultado y que en toda ciencia son el escaparate de las tendencias que van surgiendo en su seno— de que la paleografía tiene también sus limitaciones. Quizás la más grave es la no completa superación de una proclividad a considerar la evolución de las formas gráficas como producto de una tendencia immanente a la propia escritura. A partir de ahí es comprensible que la paleografía no haya conseguido dar cima a la construcción de un modelo operativo capaz de integrar la evolución de las formas gráficas —como objeto propio y específico de esta ciencia— en el conjunto de las transformaciones de orden económico, social, político y mental de las sociedades que han generado esas formas gráficas —lo que constituye el objeto más propio de la historia general.

Es decir, integración de lo particular —el desarrollo de la escritura— en lo general —el desarrollo de la sociedad—. Sin esta integración dudo que pueda llegarse a una racionalización o, dicho de otra forma, a una explicación científica del desarrollo de la escritura que es el objeto específico de la paleografía.

He aquí, pues, un campo donde esa colaboración entre paleografía e historia, por la que antes he abogado, podría dar resultados insospechadamente renovadores. Colaboración que va mucho más allá de una actitud voluntarista de paleógrafos e historiadores. La colaboración se impone como una necesidad enraizada en la propia naturaleza científica de ambas disciplinas.

Resumiendo, me atrevería a decir que la escritura sobre elemento blando, como forma más elaborada de comunicación humana, debe tener un puesto de

¹⁰ Ver nota 1.

privilegio en la historia. Por ello, el estudio de la evolución y de las transformaciones de la materia escrita debe integrarse plenamente en el estudio global de las transformaciones sociales, económicas y culturales en la medida en que esta integración le ofrece el único marco posible donde hallar la explicación última a los procesos de cambio de las formas gráficas como formas eminentes de comunicación social. Es ahí donde, sin perder su especificidad, la paleografía puede desplegar todo su potencial analítico y científico.

En historia existe la pequeña historia —pegada a los acontecimientos puntuales, al espacio reducido, al tiempo corto— y la Gran Historia —que trasciende siempre el acontecimiento singular o el tiempo corto y que integra la pequeña historia en las grandes masas espaciales y cronológicas que es donde la historia con mayúscula se convierte en objeto de estudio científico.

Pero, ¿es que en paleografía no ocurre algo muy similar? No creo que en la actualidad haya alguien que se atreva a poner en duda la existencia de una relación estrecha entre las formas de escritura y la estructura del documento escrito, por una parte, y las formas de organización social, económica y política que adopta el conjunto social en el que se producen las formas escritas, por otra.

Y a partir de ahí la colaboración estrecha entre dos ciencias sociales tan próximas ofrecerá la posibilidad a paleógrafos e historiadores de desplegar toda la potencialidad de sus respectivas disciplinas. Es por esta colaboración por la que de nuevo abogo enfáticamente.